

## II

### EL TRATADO DE COMERCIO CON INGLATERRA

Hemos indicado antes que una de las primeras oposiciones con que había tropezado el Imperio en su marcha desembarazada había sido la producida por la agitación religiosa. A esta oposición siguió en breve otra, la fundada en los intereses materiales y de la cual fué causa el tratado de comercio pactado con Inglaterra, tratado que inició la lucha, hoy aún sostenida, entre proteccionistas y librecambistas.

Desde los tiempos de Colbert el gobierno francés había sido francamente proteccionista; pero Napoleón III, ya desde su cautiverio de Ham, se había inclinado á favorecer la libertad comercial, y si no la estableció al subir al poder fué porque no pudo vencer las tenaces resistencias con que tropezaban sus proyectos de reforma y sus ideas cosmopolitas.

Sin embargo, en 1856 hizo ya un ensayo, que, á pesar de la docilidad de la Cámara, fué desechado por ella. Pero Napoleón tenía la virtud de la perseverancia; dejó transcurrir algún tiempo, y cuando creyó la ocasión algo más propicia, volvió á emprender los trabajos para realizar su plan.

Siendo Inglaterra la primera de las potencias industriales, el tratado celebrado con ella podía ser el tipo de los convenios futuros pactados con los demás Estados, y la libertad comercial daría un gran paso. Conveníale además á Napoleón tener de su parte á aquella nación, no sólo porque sus tropas unidas á las francesas peleaban á la sazón en el extremo Oriente, como luego veremos, sino también para que no opusiera su veto al engrandecimiento de territorio que proyectaba en Italia.

Ya á fines de 1859 había hecho entablar negociaciones con la Gran Bretaña para un tratado de comercio. En aquel país se efectuaron los preliminares, en nombre de Francia, por el antiguo sansimoniano Miguel Chevalier, que era uno de los jefes de la escuela económica y librecambista, y en el de Inglaterra por el ministro de Hacienda Gladstone, asesorado por el célebre economista inglés Ricardo Cobden. Algo después se trató el asunto en París entre este último y el embajador inglés lord Cowley por una parte, y por otra Rouher, ministro de Comercio, y Baroche, interino de Negocios extranjeros mientras tomaba posesión Thouvenel.

Como al emperador le gustaba preparar sus grandes planes misteriosamen-

te y descartar á los que pudieran hacerle alguna objeción, precisamente el ministro de Hacienda Magnan, partidario del sistema protector, no supo una palabra de lo que se trataba.

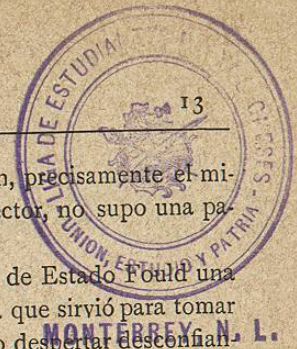
El 5 de enero de 1860, Napoleón dirigió al ministro de Estado Fould una carta en la que exponía todo un sistema económico, carta que sirvió para tomar el pulso á la opinión pública y con la cual se proponía no despertar desconfianzas en Europa mientras se preparaba á reclamar la anexión de Niza y Saboya, presentándose como el soberano más pacífico que sólo se preocupaba de los intereses materiales de su pueblo. En dicha carta encomiaba los beneficios del librecambio, sin dejar de reconocer que antes de desarrollar el comercio exterior con el cambio de los productos franceses con los del extranjero, era preciso mejorar la agricultura y librar á la industria de todas las trabas que, por ciertos conceptos, la colocaban en condiciones de inferioridad. Explicaba en seguida lo que á su juicio convenía hacer en favor de la agricultura. En cuanto á la industria, se debería eximir de toda clase de derechos á las materias primeras y hacer anticipos á los industriales para ayudarles á perfeccionar su material, y activar todo lo posible la construcción de nuevos canales, carreteras y ferrocarriles. «Con estas medidas, decía, la agricultura encontrará salida para sus productos; la industria, libre de trabas interiores, auxiliada por el gobierno, estimulada por la competencia extranjera, luchará ventajosamente con los productos de otros países, y nuestro comercio, en lugar de languidecer, tomará nuevo impulso.»

El emperador parecía dispuesto á proceder con prudencia á la transformación del régimen económico, y al afirmar la utilidad de los tratados de comercio con las potencias extranjeras, anunciaba solamente la supresión de los derechos referentes á las primeras materias. Pero acerca de este punto se suscitaba una cuestión bastante grave; juntamente con los algodones que Francia no produce, Napoleón III calificaba de primera materia la lana, á la sazón uno de los productos más importantes de lo que se puede llamar la industria rural francesa, y que iba á entregar sin reserva á la competencia.

El tratado de comercio así anunciado fué firmado el 23 de enero de 1860 con Inglaterra. Fijábasele una duración de diez años: no se llegaba en él hasta el librecambio; pero se entraba ampliamente en la vía de la competencia. Los hilos, los tejidos, los hierros, los aceros, las máquinas y las herramientas de procedencia extranjera podían entrar en Francia pagando derechos que en ningún caso deberían exceder del treinta por ciento de su valor. En cuanto á las hullas, cuyo derecho era de 3'60 francos la tonelada, quedaría suprimido en breve plazo. Por vez primera el mercado francés se abría grandemente á los productos británicos.

En cambio Francia obtenía franquicia completa para los artículos de fantasía ó de moda, así como para las sederías, y además la reducción de derechos sobre los vinos y espíritus franceses.

El tratado era definitivo para Francia, pues según la Constitución el empera-



dor tenía plena facultad para celebrar los tratados; por lo que hace á Inglaterra, debía someterse á la ratificación del Parlamento.

Aunque firmado el 23 de enero, el público no tuvo noticia de él hasta el 10 de febrero, y así como por su folleto *El Papa y el Congreso* el emperador había roto con el partido católico, el tratado comercial con la Gran Bretaña le hacía romper con el partido proteccionista. Como suele suceder siempre que hay contraste de interés, los grandes industriales, que creían gravemente lesionados los suyos, pusieron el grito en el cielo, diciendo que se sacrificaba la industria francesa á la de Inglaterra. Se habló de fábricas y talleres que iban á cerrarse, de jornales que se reducirían inevitablemente, y de Normandía, Picardía, Alsacia y otras regiones acudieron á París muchos fabricantes que, reunidos en número de cuatrocientos, solicitaron una audiencia del emperador para exponerle sus temores; pero la audiencia les fué negada, y entonces ellos decidieron publicar una vehemente protesta en un periódico de Rouen, en la que se lamentaban de haber sido condenados sin que se les hubiera oído, insistían en la gravedad del acto por el que el gobierno francés iba á quedar subordinado á la Gran Bretaña por un período de diez años, y terminaban manifestando que no les quedaría otro remedio que sufrir las consecuencias desastrosas del tratado ó recurrir á la guerra para romperlo á cañonazos. En aquella época, en que el Imperio estaba en su apogeo, esta temeraria afirmación era de la mayor importancia.

En cambio los agricultores y en especial los propietarios de viñedos se lisonjaban de encontrar en aquel país un mercado donde, gracias á la reducción de las tarifas, tendrían fácil y abundante colocación sus productos. Otro tanto les sucedía á los fabricantes de los llamados artículos de París, de suerte que la lucha entre proteccionistas y librecambistas, que, según dejamos apuntado, aún subsiste sin haber llegado á una solución definitiva, empezó á enconarse.

Esta lucha trascendió, como era de esperar, á las Cámaras, donde tenían asiento varios grandes fabricantes é industriales. Desde el 11 de marzo en que éstas se abrieron, comenzó la oposición al discutirse los proyectos de ley que eran consecuencia del tratado de comercio. Entonces se dió á conocer como proteccionista furibundo un diputado, manufacturero de Rouen, M. Poyer Quartier, hombre competentísimo en asuntos financieros y que no cesó de intervenir en los debates á ellos referentes mientras duró el reinado. Mas aparte de los pocos representantes que discutían el asunto en su esencia, la mayoría de los opositores de las Cámaras se fijaron más bien, por un resentimiento disculpable y por espíritu de cuerpo, en que el emperador, al celebrar el tratado, no sólo había prescindido de su cooperación, sino huído de ella. Convenían en que el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852 confería á Napoleón III el derecho de modificar las tarifas, pero se les hacía duro tolerar que, á pesar de ello, no contase para nada con los Cuerpos colegisladores.

Esto no obstante, las diferentes leyes de aplicación se aprobaron sucesivamente por una gran mayoría; pero los debates habían demostrado en las Cáma-

ras una tendencia que el gobierno francés debía tener muy en cuenta; habíase despertado en ellas el espíritu de fiscalización, y á las discusiones sobre cuestiones financieras no tardarían en seguir las relativas á los asuntos políticos.

De todos modos, el emperador había realizado sus dos principales propósitos: iniciar la marcha de la libertad comercial y bienquistarse con Inglaterra



Poyer-Quartier, notable economista

para asegurar el éxito de sus futuros planes de engrandecimiento: es decir, adormecer á aquella potencia al mismo tiempo que hacía creer á Europa en la sinceridad de su política tranquilizadora. Tanto fué así, que el gabinete inglés no sospechó ni remotamente que al celebrar el tratado de comercio había trabajado también á favor de la cesión de Niza y Saboya á Francia, y la reina Victoria escribió indignada cuando quedó enterada del asunto: «Se han burlado de nosotros en toda regla.»